

Jacobo Danke

La deserción (*)



A voz había resonado delgada, incolora, en el tubo del auricular; una voz que de ordinario correspondía a la estirpe del cristal y de la porcelana. «Pero no debes atemorizarte en esa forma», había dicho él, contestando las aprensiones de ella; «total, es tan reciente la cosa». Un breve silencio lleno de duda. «Aunque sea reciente, yo tengo miedo. una no sabe lo que puede ocurrir». «Lógico, lógico. Sin embargo, no hay que perder la confianza»... «Querido, ¿de manera que vendrás a buscarme?» «¿A buscarte? ¿No habíamos quedado en que iría a buscarte», un matiz de cólera le inflamó la garganta, «...en que iría por ti allá mismo?».

Cuando colgó el fono, la pesadilla volvió a apoderarse de su ánimo. ¡Por qué demonios había que recurrir a estos odiosos

(*) Jacobo Danke. tiene una larga y brillante trayectoria en el género del cuento. En 1945 su libro «La taberna del perro que llora», obtuvo el Premio Municipal. Sus narraciones han sido vertidas al inglés y últimamente al francés por Francis de Miomandre.

Su labor como poeta no es menos destacada. Los motivos del mar encuentran en él la mágica originalidad del misterio. «Las Barcarolas de Ulises», «Balada del país de los vientos», «Hiperión», figuran entre lo más selecto de su producción.

expedientes! Más de un mes con el problema carcomiéndoles la tranquilidad, el timo. Recordaba el momento en que ella le había dicho que sus sospechas se estaban confirmando; él se preparaba para salir a dar una vuelta mientras era hora de almorzar, y se restañaba con una mota la pequeña herida que le había hecho la navaja. «Pero, querido, por qué no te compras una máquina de afeitar; esas antiguallas no se usan ya». El había mirado la mota recién teñida de un rojo escarlata: «Tienes razón; debería haberme comprado una máquina; dicen que son muy prácticas. Lo triste es que estoy encariñado con esta tizona, tantos años que me sirve». Se había mirado nuevamente en el espejo y había visto de soslayo la cara de su mujer, completamente preocupada, no de la herida que él se había hecho, sino de algo distinto, ajeno a esa particularidad sin importancia. «¿Qué te sucede, Marcela?» Ella se sobresaltó ligeramente y lo observó a través del espejo. «No había pensado decírtelo, en la esperanza de que me hubiese equivocado; pero es inútil; no puedo ocultártelo por más tiempo». Con la brocha rozagante de jabón él intentó embadurnarse una mejilla, mas la brocha permaneció en suspenso. «¿De modo que...? ¿Estás segura?...». «Segurísima, sí, por desgracia». El se había pasado otra vez la navaja por la pequeña herida y había lanzado unas palabrotas de grueso calibre y ella se había puesto a llorar, creyendo que la procedencia del exabrupto tenía su origen en la revelación suya.

Aquella mañana había sido una mañana fatídica para él. Salió como de costumbre a recorrer la ciudad, mientras se aproximaba la hora del almuerzo. Era un domingo luminoso, centelleante, paradisiaco; pero a él le resultaba sombrío, negativo. Cruzó una, dos, varias cuadras, a un tranco uniforme, regular, en estado casi inconsciente, lejos de la realidad, sumido en sus implacables pensamientos. Antes de echarse a la calle, había consolado a Marcela, jurándole que las palabrotas proferidas frente al espejo, las había provocado su cortadura de la mejilla y que él no era un hombre tan ruin como para renegar porque aquel obstáculo

amenazaba con ensombrecerles la vida. Marcela se tranquilizó lentamente y en tanto se enjugaba los lagrimales, él contemplaba los retratos de sus hijos encima de la cómoda. «Tres muchachos. Son un buen número. Y con lo que debo pagar todavía a causa de aquella fianza. ¿Quién me mandó afianzar a ese sinvergüenza? ¡El canalla! Si no es porque su madre, la pobre vieja, vino a arro-dillárseme...». Marcela se había puesto pálida, aunque más dueña de sí: «No he dormido en las últimas noches: que si le digo a Roberto, que si no se lo digo. Pero la mujer debe decírselo al marido, ¿no es cierto?» «Indudablemente, no debe ocultarle nada a su marido; si no, ¿para qué se han casado, entonces? Lo que cuenta, por ahora, es zafarse del atolladero, Marcela. A mí no se me ocurre». «A mí, tampoco. Qué iremos a hacer, Roberto».

Domingo de perros, como si una epidemia maligna, medieval, golpeará a sus muros. ¿Por qué diablos se originan estos trastornos en la corriente natural de la existencia humana? Claro que no podía afirmar que ellos—él, su mujer y sus hijos—subsistían sin apreturas ni exigencias de diversa especie; pero al menos sabían a qué atenerse; sus cálculos giraban alrededor de inalterables necesidades: tantas entradas, tantos gastos. Así que, sumar un rubro inesperado a esta premiosa contabilidad, equivalía al suicidio; sin añadir que Marcela había sido siempre heroica en esta lucha obscura, denigrante, injustificada. Económica hasta la exageración, industriosa, desposeída de toda vanidad, se entregaba por entero al cuidado del hogar y de los hijos, sin un rictus de recriminación, con una innata llaneza.

Por la tarde, fueron al cine. El había estado bromeando con Marcela a causa de su modesta invitación al cine. «Mujer: es para que no se nos olvide que del interior de una caseta arranca el haz de un rayo y unos monos hablan y se mueven sobre un telón blanco». Ella había reído melancólicamente: «De veras que no vamos al cine desde cuando hubo ese temblor fuerte». La tarde

se había puesto fría, invernal y Marcela se arrimó, yerta, a la butaca de su marido. «Este teatro es una coladera, Roberto». El le había oprimido la mano: «Es terriblemente helado, pero es el más barato». Desfilaban paisajes, campesinos, marineros, por el telón blanco. ¡Qué bizarra contextura la de la ficción! Está ahí, a nuestro alcance, posee un relieve poderoso y... sólo es una mentira. Arrimada contra él estaba Marcela, él le oprimía su mano áspera de dueña de casa. ¡Pero qué curiosa conciliación entre la película y esa mujer arrimada a su butaca! Su imaginación comenzó a actuar desatentada: huía de la concavidad del teatro para remontarse al decurso de su convivencia con Marcela. Ambos estaban bastante enamorados al contraer matrimonio. Muchos proyectos, muchas ambiciones. Luego, el primer hijo, el primer brote de aquel amor profundo. El viento de la felicidad movía las cortinas de la habitación donde el bebé dormía amodorrado. «Verás cómo se nos mejora la situación, Marcela. ¿No vienen todos los hijos con un pan debajo del brazo?» Sí, el niño había traído un minúsculo panecillo: al cabo de una larga antesala y de una charla oprobiosa por las intimidades que tuvo que confesar, el gerente de la firma había accedido a aumentarle cien pesos de sueldo. ¡Qué demontres, si él lo hubiera sabido!... No quiso participarle a su mujer la derrota moral que implicaba el aumento de los cien pesos; prefirió saborear él solo la pócima de la humillación. Que ella no se contaminara.

La película principió a guiñar rápidamente y de súbito se iluminó la sala.

—Esto es lo cargante que tienen los cines de barrio: a cada rato se cortan las películas.

—Pero qué más, también, por el precio...

El público hizo amago de protestar, y en seguida guardó reserva. Marcela había cerrado los párpados y de pronto los abrió, como si hubiera recibido una inspiración instantánea:

—Oye, Roberto: conozco a una persona que nos puede ayudar en este trance.

—¿Quién es?

—Una amiga...

—¿Y cómo nos ayudaría esa amiga?

—Yo te diré...

La obscuridad regresó a la sala y le cercenó las palabras en la boca. Pero Roberto había insistido en que le explicara cómo los ayudaría esa amiga. «Ella me va a presentar a...». «¿A quién, a quién? No entendí lo que dijiste». Sin embargo, hubo de desistir en sus interrogaciones, pues los espectadores vecinos empezaron a hacerlos callar con unos agudos «¡sshhhhhh, shhhhhh!», que lo irritaron sobremanera.

Tres chiquillos. ¿Cómo fueron naciendo, sin que él casi no se percatara? Al tercero, el asunto se puso grave. «Mira, Marcela: se acabó la producción de nenes. No hay la más remota probabilidad de un aumento de sueldo. La plata se nos hace sal y agua. Tú andas como una sirvienta; yo, como un mendigo. Son muy graciosos y lindos los niñitos; pero debemos tener compasión de nosotros y pararnos aunque sea al borde de la pendiente. Hum...; si fuéramos ricos, otro gallo nos cantara; lástima que no lo somos». Y habría de ponerse más grave aún el asunto. Porque fué por aquella fecha cuando notificaron que el compañero al cual había afianzado con una póliza de garantía, lo habían despedido por malversación de fondos, y él y los demás fiadores deberían responder de la totalidad del compromiso. Era como para pegarse un tiro.

Rodaba la película desenvolviendo brillantes calcomanías en tecnicolor: escenas africanas; la flora y la fauna del continente misterioso. Unos indígenas bailaban una danza guerrera, al son de una música antediluviana. «*Siquiera esos antípodas ignoran los tormentos absurdos en que se consumen los seres civilizados*». Mujeres semidesnudas, los senos al descubierto, acompañaban el compás batiendo las palmas. Cuerpos ágiles, de lustrosos contornos, recién desprendidos de la cálida impetuosidad del Génesis. Las mujeres llevaban el compás rítmicamente, oscilan-

do como una marea de betún, y en este primitivo menester, se les estremecían los senos y el vientre. ¿Cuántas de esas criaturas elementales estarían encinta, recién embarazadas por algunos de esos estrambóticos danzarines? Esta reflexión inverosímil lo indujo a oprimirle con violencia la mano a Marcela, y ella se sorprendió no poco y lo atisbó de reajo, barruntando que la violencia del apretón obedecía, quizá, a la nerviosidad que debía de haber provocado en Roberto la presencia de las indígenas semidesnudas. Estos hombres, estos hombres...

De retorno en casa y una vez que hubieron mandado a la cama a los chicos, volvieron a tratar el tema.

—¿Se podría contar con la discreción de esa amiga, Marcela?

—Te prometo que sí. Ella ha recurrido a este procedimiento en numerosas ocasiones. Es una bárbara, pues lo hace a menudo, sin acordarse de las consecuencias.

—Las consecuencias. Esto me preocupa en serio. ¿Y si te sobreviene una complicación? ¿En qué lío nos veríamos metidos?

—Pero es que yo no lo he hecho nunca y, además, por qué habríamos de tener tan mala suerte.

A él comenzó a fastidiarle el deslumbrante resplandor que la luz eléctrica proyectaba sobre el albo mantel; era demasiado vívida la luz y el mantel demasiado albo. «Las antiguas lámparas a petróleo, con sus amplias pantallas festoneadas, añadían una intimidad legendaria a las habitaciones. Recuerdo que mi madre leía por las noches «Tofana, la envenenadora», su cuerpo hundido en la penumbra, un brazo acuchillado por el fulgor que caía de la lámpara. Afuera llovía a cántaros, y la lluvia porfiada se demoraba en devolvernos a mi padre, las botas y el impermeable chorreantes, traminados del olor a goma». Su mujer esbozó un leve bostezo:

—¿Tienes sueño?

—Una pizca, Roberto. Qué frío hacía en el teatro. Cómo permiten...

—El frío era mayúsculo. Pero las películas valían la pena.

—Que si valían... Dime: ¿por qué me apretaste la mano así como con rabia?

—¿Yo?... ¿Con rabia...? ¡Por Dios, Marcela! Si lo hice, fué involuntariamente.

—No lo dudo que fué involuntariamente. ¿Acaso no había mujeres desnudas en el *ecran*, como dicen los cursis? ¡Anda, anda!...

Roberto se echó a reír, divertido:

—Esto sí que es formidable. ¿Es que has podido pensar por un minuto, siquiera, que esas horribles negras...? Qué divina eres, Marcela. Como si no supieras que las mujeres morenas no me gustan. ¿No te he dicho cuál es el tipo que prefiero? Un tipo como el tuyo: pelo castaño, cutis rosado, ojos pardos, piernas torneadas...

—Roberto, por favor...

La cogió de la barbilla y la besó hondamente, mordiéndole, ansioso, el labio inferior, oprimiéndole la cintura con viril delicadeza. Los negros africanos, la coladera del teatro, la intimidad de las lámparas a petróleo, la amiga discreta que iba a ayudarlos, huyeron como un ciclón hacia alguna lejana isla, a alguna comarca donde debe de reinar una paz hueca, sin sentido, sin el menor destello de supervivencia.

* * *

El contador olía a lavanda con femenina reiteración. Era un individuo esquelético, de tez amarillenta, enteramente calvo. Los subalternos le habían colgado el mote característico de «*el señor Lavandero*». Por lo de la lavanda, por su manía de emplear exageradamente aquel perfume en su tocado. Casi al finalizar el mes, los subalternos iban a entrevistarse con *el señor Lavandero*: llevaban un trozo de papel garabateado de prisa y entraban en la oficina como si los fuesen a condenar a muerte. El contador ni se dignaba alzar la cabeza de sus montones de corresponden-

cia y de facturas: «¿Qué se le ofrece a usted?». Unas ganas locas de retroceder, de hacerse humo. Pero el imperativo era más eficaz que el instinto de conservación: «Si usted tuviera la amabilidad de autorizarme este vale, señor contador...» Una pata de buitre o de gallinazo escarbaba en el montón de correspondencia; el pajarraco no alzaba la cabeza. «¿Un anticipo sobre su sueldo de este mes? ...» «Sí, señor contador; es una friolera». Escarba que te escarba. De improviso, la pata se estiraba en dirección al trozo de papel: «Démelo». Un signo cabalístico trazado con lápiz azul, una estirada de la pata y el subalterno abandonaba la oficina desparramando un gesto de triunfo, orgulloso de haber vencido al ogro.

... El se había sentado ante su escritorio y había garabateado el clásico trocito de papel: *Vale por quinientos pesos*. Suspiró intensamente. ¿Cómo se las irían a arreglar con el desbarajuste que les produciría la merma de quinientos pesos en sus haberes familiares? Pero no había escapatoria. La propia Marcela, que era la habilidad encarnada respecto a la distribución del dinero tuvo que convenir en que el dilema no tenía escapatoria. «Cuánto le rogué; le hice ver lo escaso de tu renta, que teníamos tres chiquillos; no quiso rebajar un centavo. Oh, Roberto. Quién sabe si nos convendría más que ...» El la había interrumpido antes de que lo convenciera. «Es inútil. No se puede hacer milagros. Preferible afrontar las privaciones que esta merma nos va a acarrear. Total, dejaré de fumar, no me compraré las camisas que me están haciendo falta. Paciencia. No todo es eterno, Marcela».

Empujó la mampara de la oficina del contador. ¿Es que jamás se agotaría aquella montaña de correspondencia? Lavanda. Una pata de gallinazo que escarba y clasifica los documentos, colocándolos en cestas de alambre. Bah. Bah. Está tan ocupado, que no repara en nadie. A él se le antojó una estupidez sin nombre esa entrevista. ¡Qué de semejante imbécil, imbuído de su prepotencia; de un trozo de papel mercenario; de un lápiz

azul y de un signo cabalístico, dependan la integridad de un individuo, la subsistencia de su mujer y de sus hijos! . . . ¿Por qué? . . . No, no había la conciliación extraordinaria que flotaba entre la ficción de las películas policromas y Marcela, que tiritaba a su costado, en el barracón de un cine de barrio. Lo que ahora se captaba era lo contrario: había una complicidad impuesta a la fuerza entre el viscoso contador y la sagrada inviolabilidad que debía rodear a Marcela como arquetipo de hembra, como ente creador de belleza cotidiana. Un asco invencible empezó a derramarse en las vísceras; hacíase una composición de lugar estrafalaria y brutal; representábase al monigote del gallinazo preguntándole a Marcela, encendida la faz de sátiro impotente, de sexagenario vicioso: «¿Para qué necesita usted estos quinientos pesos?» . . . Era como si la pata de buitre estuviera hurgueteando los pechos dulces y delicados de su amorosa compañera, mientras él asistía, inerme, a la profanación del cuerpo que tan deliciosas compensaciones le ofrendaba.

—¿Qué se le ofrece?

—Si tuviera usted la amabilidad . . . Venía a molestarlo . . .

—¡Ah!, un anticipo . . . ¿Y su fianza?

—Mi fianza . . . El saldo que me queda es suficiente para cubrir el anticipo y la fianza. No tema usted.

—¿Temer yo? . . . Je. Je. ¿Por qué habría de temer? En ese caso sería usted el que debería andar con mucho cuidado: no endeudarse más de lo que su capacidad le permite.

Cuando le alargaba el rectángulo de papel al contador, éste le rozó casualmente los dedos y él no pudo reprimir una mueca de desagrado, como una náusea. El otro le clavó la mirada interrogante, frunció el ceño y luego se apoderó automáticamente del lápiz azul.

* * *

«Vente temprano», le había dicho ella; «porque hoy deben examinarme y los niños no pueden estar solos; capaz que hagan

un incendio». Sí, había que irse temprano a casa. No era como en ciertos domingos en que las gentes del lado, sus convecinos, se hacían cargo de los niños por un par de horas, si él y Marcela disponían una escapada al cine. Los chicos lo vitorearon entusiasmados al verle aparecer y no se mostraron muy intrigados cuando se cercioraron de que la llegada temprano de su padre producía la salida inmediata de la madre. Marcela se había acicalado aprisa y al despedirse, a él se le figuró que ella estaba más generosa de su juventud que en cualesquiera circunstancias anteriores. Un dolor subterráneo le barrenó los sentimientos. Vió en su mujer una muñeca dotada de vibraciones gráciles, gentiles, sin automatismos ni torpeza. Y a esta muñeca excepcional, le iban a interceptar uno de los resortes fundamentales de su innato gracejo, le iban a inferir una falla en su armoniosa desenvoltura. Hizo rechinar los dientes indignado y llamó a uno de los chicos: «Carlitos, alcanza a la mamá, apúrate, corre».

Marcela volvió sobre sus pasos, alarmada: «¿Qué sucede? ¿Para qué me has llamado?» El la condujo al dormitorio y se encerró con ella, como si fuera a hacer una revelación trascendental, determinante:

—La sola idea me atormenta. ¿No es un crimen lo que vamos a cometer? Un crimen contra ti, contra tu entereza. Te contemplo tan perfecta, tan acrisolada y me rebelo al constatar que tú y yo hemos urdido una maquinación infernal contra tu equilibrio, tu pundonoroso temperamento de mujer. La conciencia...

—Pero, querido...

—La conciencia, aquello que en diferentes oportunidades he rechazado como una invención paradójica del terror o de la pusilanimidad, me reclama a gritos una resolución heroica, para evitar que se cometa lo que hemos acordado hacer.

—Pero, querido...

—Soy un cobarde, no te merezco, Marcela. Yo debería convertirme en un bandolero, en un ladrón, en vez de quedarme

aquí, con los brazos cruzados, como un espectador indiferente a tu voluntario suplicio. Me he propuesto coger un cuchillo y matar al que se me atravesase en el camino, si a ti te sobreviene alguna complicación... ¡Idiota, eso ya debería estar haciéndolo, para que todos supieran por qué los hombres se convierten, a veces, en asesinos!

—Pero, querido, estás desvariando. Cálmate. No habrá ninguna complicación. Verás lo sencillo que es. Cuida de los niños. Que no vayan a estropear nada. No demoraré ni veinte minutos.

Había estado declamatorio, sensiblero, y una ráfaga de vergüenza le azotó la cara, cuando Marcela se hubo marchado. ¡Coge el cuchillo, idiota, cógelo! Pero no; para eso no había que tener tan fácil el discurso sentimentaloides y florido, la garrulería de una protesta falsa y ampulosa, sino aquel dominio de los nervios, esa ponderación que exhibía Marcela hasta en el más insignificante de sus ademanes.

Mohino, se sentó junto al receptor del radio y sus dedos hicieron girar el dial. Un silbido estridente, como de cerebro que empieza a descentrarse, y en seguida, el anuncio empalagoso, insoportable: «La ropa íntima de las novias debe ser como un pétalo de seda. Pero no es preciso que sea usted novia para usar ese tipo de ropa íntima. Vaya...». Interrumpió la transmisión, furioso. Ropa íntima de mujer. Ropa como la que usaba Marcela y que ella hacía durar infinitamente, debido a la escasez de medios para adquirirla. El dolor subterráneo volvió a barrenarle los sentimientos. Miró el reloj. En ese instante, tal vez, Marcela se despojaba de su ropa y se sometía al reconocimiento. Prendas de ropa sobre el respaldo de una silla. Como cuando se acostaba, y él la veía tan esbelta y tan apetecible, y ella lo reñía por esa mala costumbre de mirarla desnudarse. Ciertamente que lo reñía, pero con una sonrisa provocativa que era una insinuación a que siguiera mirándola. El hacía que le mostrara la espalda, los hombros, las caderas, los muslos; y ella después saltaba a la cama y

se metía entre las sábanas, el vello de las piernas erizado por su prolongada exposición al frío...

Al día siguiente, ella le había dicho: «No sé si anoche te expliqué, querido. Pero la señora me sugirió que convendría que fueras a buscarme. Por simple precaución, no más»... «¿A buscarte allá mismo?» Ella lo había escudriñado algo extrañada al contestarle: «Sí, ¿por qué?»... «¡Oh, solamente te preguntaba, Marcela!» Ella se puso a hablar como si estuviese a solas, no en presencia del marido, mientras se plisaba y se desplisaba el delantal: «Tengo que estar allá a las cinco. Como a las siete que fueras, estaría bien. Sí, dos horas, a lo sumo». Y el día había transcurrido velozmente, como transcurren los días que contienen un mensaje singular, fuera de lo común, en especial si este mensaje involucra, potencialmente, la alternativa de una emoción aciaga.

* * *

... Cuando colgó el fono, la imagen virtuosa de Marcela se derrumbó estrepitosamente desde el pedestal donde él la había ubicado. Marcela tenía miedo. Era justo que tuviera miedo y él le había respondido lo que le respondió, únicamente para que no perdiera la confianza. ¡Maldición! ¿Por qué le permitía cometer aquello? ¿Por qué no se ponía a gritar su desesperación, a enrostrarle al mundo entero la conducta que lo inducían a adoptar?

Sus sienes estaban a punto de estallar. ¡Qué estallen! Pero era mejor que no estallaran. ¿Que harían su mujer y Carlitos, y el gordito Guillermo y el «Pecoso», el benjamín de los tres retoños? No, que no le estallen las sienes. Firmó el libro de control de asistencia y abandonó la oficina. Afuera, había árboles, mujeres lindamente ataviadas, caballeros en lujosos automóviles, policías uniformados. Los letreros luminosos, encendían y apagaban su mágica advertencia. La bella vida. Lo que reconcilia con la vida.

Se acomodó en un autobús desvencijado y partió en busca de Marcela. Hedores. Comentarios. Disputas. Carcajadas. ¿Por qué se quiso enfadar cuando Marcela le preguntó si iría a buscarla allá mismo? Es que había que tener un temple acerado, también, para no perder los estribos. Algunos pasajeros comenzaron a discutir de política. *Que los gobernantes. Que la burocracia. Que el país en ruinas.* Bueno, no debió encolerizarse, siendo que estaba convenido de antemano en que él iría por ella; lo habían acordado previamente y él, sin embargo, no había hecho sino demostrar su cólera.

Bufaba el autobús en las curvas de las bocacalles y el cargamento de hedores, carcajadas y disputas se balanceaba como una escampavía sobre una mar gruesa. Al atravesar los puentes del río, invadieron al vehículo los agrios tufo de las cocinerías instaladas al aire libre. Mujeres gordas y feas, la piel reluciente por la grasa y por el calor de los fogones, atendían a los taciturnos parroquianos. Había borrachos acodados con nostalgia en los parapetos; pordioseros haciendo una ostentación quejumbrosa de sus llagas y sus lacras. «Tendré que vivir de rodillas a tus pies para que me perdones, Marcela». Simuló un acceso de tos repentina, congestionado por la erupción del sollozo que pretendía traicionarlo.

Se apeó en la esquina de una calleja presuntuosa, celestinesca. Edificios recién construídos, con seudos escudos en el frontis y farolillos de hierro forjado en los pórticos. Barrio residencial. Un grupo de niños jugaba a la ronda entretejiendo un círculo sin fin de añejos cantos. De cuclillas en el suelo, un ciclista se empeñaba en reparar los desperfectos de su bicicleta. Llaves, rodamientos, tuercas, diseminados en la acera.

«Esta es la casa de ventanales verdes». Oprimió el timbre. Se iluminó un pasadizo estrecho y hondo y la puerta protestó con todas las bisagras, aburrida de su oficio.

—Soy el marido de Marcela Lemuy.

—Ah. Sí, señor. Pase.

La comadrona lo precedió y él siguió tras ella, pisándole los talones. Baldosas sonoras, demasiado enceradas, resbaladizas. Un paragüero. Butacas de raído tapiz. En la pared, la reproducción de un cuadro de Renoir, un plato de loza pintada. Alguien tocaba el acordeón en uno de los cuartos contiguos.

—La señora está en excelentes condiciones. No ha tenido vómitos... Acaba de servirse una taza de café.

—Ah, ah.

Traspuso el umbral mecánicamente. A la derecha, una vitrina atestada de instrumental quirúrgico: pinzas, tijeras, sondas. A la izquierda, una mesa de operaciones, con dos dispositivos para que las extremidades inferiores se mantuvieran separadas y en alto; un sofá de cuero, y sobre éste, las ropas de Marcela. ¡Cielos, qué olor a éter había ahí! Un olor que se agarraba de la nariz, impregnaba el cabello, se escurría por la laringe. Ese era el escenario que él había temido y maldecido, que había columbrado más allá de la niebla ancestral de los terrores. En ese escenario se había hecho una inmolación, se había desgarrado el velo impalpable de lo prístino, de lo original, que envuelve, como sagrada defensa, la estructuración de las criaturas. La comadrona retrocedió en puntillas y lo dejó solo.

—Roberto, ¿eres tú?

Se aproximó vacilante al lecho de su mujer:

—Sí, Marcela. ¿Cómo te encuentras?

—Bien... La cabeza pesada por la anestesia, no más. ¿No besas?

Trepidó, como si lo hubiesen sorprendido infraganti en la comisión de un delito. Luego, haciendo un supremo esfuerzo, se sumergió en las desagradables oleadas de éter que se desprendían de ella:

—¿Por qué no te habría de besar, querida?— contestó, empleando la expresión favorita de Marcela.

Acercó su rostro hasta el de ella y le estampó en los labios un beso interminable, sin límites, desproporcionado, doloroso, como si pugnara por convencerse de que no estaba besando a una estatua sino a su hembra, a la hembra cabal que horas antes le había hablado, temerosamente, por teléfono.